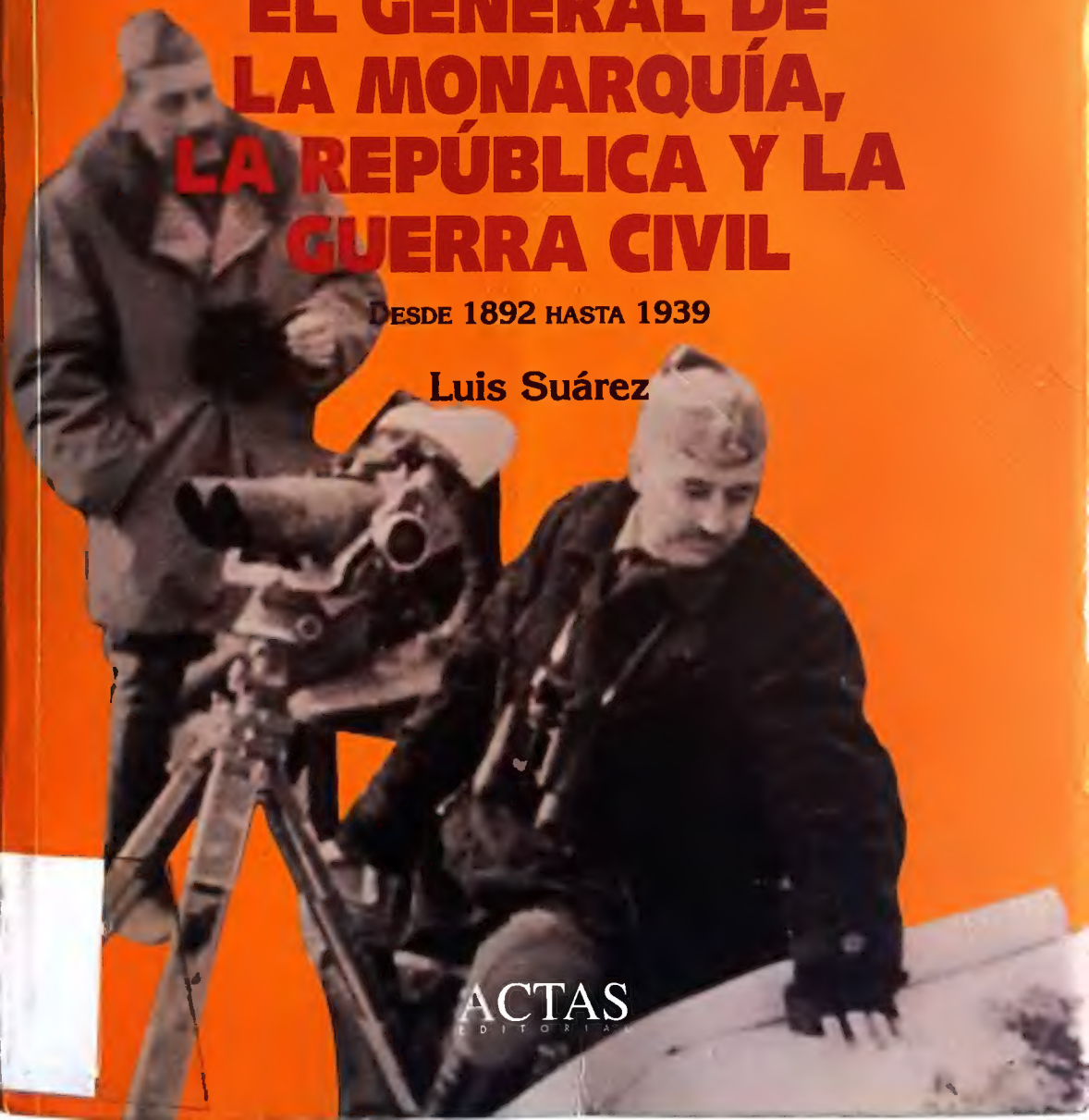
FRANCO

CRÓNICA DE UN TIEMPO

EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL

DESDE 1892 HASTA 1939

Luis Suárez



ACTAS
EDITORIAL

Luis Suárez Fernández, nacido en Gijón en 1924 es, en la actualidad, profesor emérito en la Universidad Autonoma de Madrid, miembro de número de la Real Academia de la Historia, de mérito de la de Portugal y correspondiente de la de Buenas Letras de Barcelona y de varias de Hispanoamérica. También ha dirigido la Escuela del CSIC en Roma. Aunque es conocido especialmente por sus trabajos sobre Baja Edad Media, en especial la época de los Reyes Católicos, su interés es polifacético: comenzó sus investigaciones en el siglo XVII, ha escrito libros sobre Roma y el Oriente Antiguo, los judíos y las interpretaciones de la Historia y también diez volúmenes sobre diversos aspectos de la vida y obra de Franco.

FRANCO

CRÓNICA DE UN TIEMPO

Plan general de la obra:

1. El general de la Monarquía, la República y la Guerra Civil *(desde 1892 hasta 1939).*
2. España, Franco y la Segunda Guerra Mundial *(desde 1939 hasta 1945).*
3. La victoria frente al bloqueo *(desde 1945 a 1953).*
4. Los proyectos para una doble estabilización *(desde 1953 a 1961).*
5. Resistencia a la subversion *(de 1961 a 1967).*
6. El camino de tránsito hacia la Monarquía *(desde 1967 hasta 1975).*

Índices.

Luis Suárez va desgranando en las páginas de este libro los hechos a través de la documentación de que disponemos, sin juicios de valor ni interpretaciones, como corresponde al oficio de historiador, para ofrecer al lector las claves necesarias –África, la Dictadura de Primo de Rivera, la caída de la Monarquía, la República, las reformas de Azaña, la Revolución de 1934, el ascenso de los totalitarismos, el Frente Popular, etc.– para conocer y entender los acontecimientos y circunstancias que habrían de conformar la personalidad y el pensamiento del Generalísimo, que partiendo del desastre del 98, que Franco contemplaría con 5 años y en el seno de una familia tradicionalmente de marinos, habrían de desembarcar en el alzamiento de julio de 1936 y darían lugar al cruel enfrentamiento de las dos Españas que duró dos años y medio y que abrieron paso a un Estado nuevo: el Régimen de Franco.

FRANCO:
CRÓNICA DE UN TIEMPO

EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL
Desde 1892 hasta 1939

ÍNDICE

Página

Nota previa 13
Introducción general. Franco, crónica de un tiempo 15

PRIMERA PARTE
FRANCO, GENERAL PARA LA MONARQUÍA Y LA REPÚBLICA

Capítulo 1. La adolescencia del niño que quiso ser marino 49
I. El linaje de Franco 49
II. España en el tránsito del siglo XIX al XX 54
III. Divisiones ideológicas 59
IV. 1898 63
V. La aparición de los separatismos 68

Capítulo 2. La llamada de África 74
I. Origen de la cuestión marroquí 74
II. La Academia de Infantería 77
III. La Semana Trágica de Barcelona 78
IV. El segundo teniente 83
V. Marruecos, al fin 85
VI. El teniente de Regulares 88
VII. Ascenso a capitán. La grave herida de *El Biutz* 91

Capítulo 3. 1917 95
I. Oviedo 95
II. Trasfondos doctrinales 98
III. Los mecanismos de la revuelta 101
IV. El comandante Franco y la revolución 108

Capítulo 4. Diario de una bandera 112
I. La primera idea de la Legión 112
II. Dar Riffien 117
III. De Uad Lau a Xauen 121
IV. Annual 125
V. Dar Drius 127

Capítulo 5. El camino de Alhucemas 131
I. El fin de la Restauración 131
II. Franco, al frente de la Legión 135
III. El enfrentamiento con Primo de Rivera 140

IV. La hora sombría de Xauen 143
V. Alhucemas 147

Capítulo 6. La Academia General de Zaragoza 154
I. El general más joven de Europa 154
II. El nombramiento de director de la Academia 158
III. El fin de la Dictadura 163
IV. El «error Berenguer» 167

Capítulo 7. 1931 173
I. Franco y el 14 de abril 173
II. Antimilitarismo 178
III. Anticlericalismo 182
IV. Cierre de la Academia General 188

Capítulo 8. El día en qne España dejó de ser católica 191
I. La declaración ante el comité del Congreso 191
II. La Constitución de 1931 195
III. Franco y el pronunciamiento de Sanjurjo 202
IV. La Comandancia General de Baleares 208

Capítulo 9. Franco se alinea en el anticomunismo 213
I. El joven orador del teatro de La Comedia 213
II. La doctrina falangista 218
III. Victoria electoral de la CEDA 222
IV. Ascenso a general de División 227

Capítulo 10. Franco y la Revolución de Octubre 233
I. Los preparativos del Golpe Socialista 233
II. La toma de decisión 236
III. Franco en el Ministerio de la Guerra 240
IV. Las consecuencias 245

Capítulo 11. Reorganizar el Ejército 249
I. La evolución falangista 249
II. Franco, jefe del Ejército de África 252
III. Franco, al frente del Estado Mayor 255
IV. El fin de Lerroux 261

Capítulo 12. La tentación resistida 265
I. Diciembre, 1935 265
II. Las opciones preelectorales 268
III. El resultado de la votación 273
IV. Cinco días de febrero 276

SEGUNDA PARTE
GENERALÍSIMO Y JEFE DE ESTADO

Capítulo 13. Los preparativos para el Alzamiento 285
I. El fin de Alcalá Zamora 285
II. La candidatura por Cuenca 290
III. Los antecedentes de la conspiración 294

Capítulo 14. De Canarias a Marruecos. El vuelo del Dragón 301
I. La carta a Casares Quiroga 301
II. Los argumentos jurídicos encontrados 307
III. Galicia saluda a Francia 313
IV. Sin novedad en Marruecos, mi general 315

Capítulo 15. Internacionalización del conflicto 320
I. Cuatro días de julio 320
II. Equilibrio de fuerzas 327
III. La búsqueda de mercados 330
IV. El «pecado original» de Franco 335
V. La posición ideológica inicial de Franco 339

Capítulo 16. Cruzar el Estrecho 343
I. La firme decisión 343
II. Por aire y por mar 345
III. Los barcos que la cruzaron 349
IV. De Sevilla a Talavera 352

Capítulo 17. La elección de Franco para la Jefatura del Estado 361
I. La actitud de la Iglesia ante el Alzamiento 361
II. La caída de Talavera produce cambios 366
III. Hora de decisiones 371
IV. El Decreto 375
V. Investidura burgalesa: el Caudillo 380

Capítulo 18. Los cambios políticos internos 385
I. El ascenso de los totalitarios 385
II. Salamanca, Cuartel General 388
III. Salvar a José Antonio 392
IV. La difícil cuestión vasca 399
V. Don Miguel de Unamuno 403

Capítulo 19. Madrid: La batalla perdida 408
I. El proyecto de No Intervención 408
II. La marcha sobre Madrid 412
III. El asalto a Madrid 417

Capítulo 20. Reconocimiento oficial de Alemania e Italia 423
I. La idea de enviar «voluntarios» 423
II. La muerte de José Antonio 426
III. El acuerdo hispano-italiano 429
IV. Batallas en torno a Madrid 432
V. Las gestiones del doctor Junod 437

Capítulo 21. Del altar y del trono 441
I. La actitud inicial del Vaticano 441
II. Las primeras gestiones de Gomá 445
III. Masonería 448
IV. Perspectivas de restauración 450
V. De nuevo el Comité de No Intervención 454

Capítulo 22. Guadalajara no fue Abisinia 456
I. CTV. Corpo di truppe volontaire 456
II. Guadalajara: un objetivo muy preciso 458
III. De nuevo la No Intervención 462

Capítulo 23. Un largo camino hacia la unidad política 466
I. Rumores salmantinos 466
II. *Mit brennender Sorge* 470
III. El Decreto comienza a gestarse 474
IV. Tres noches de abril 477
V. Prisión de Manuel Hedilla 482
VI. Proceso y sentencia 485

Capítulo 24. Las claves de una polémica: El Vaticano, los vascos, Guernica 491
I. Los voluntarios vasco-navarros 491
II. La Cuaresma de España 495
III. La ruptura del frente de Vizcaya 500
IV. El bombardeo de Guernica 503
V. Las concesiones de Franco 506
VI. Gomá y Pizzardo 510

Capítulo 25. Bilbao: el gran cambio 513
I. Los obispos deben pronunciarse 513
II. Cambio de Gobierno en Valencia y muerte de Mola 515
III. Incidentes internacionales 519
IV. Al fin, Bilbao 522
V. El Vaticano reconoce a Franco 526

Capítulo 26. La decisión de Brunete 534
I. Eliminación del POUM 534
II. *Animal Farm* 536
III. ¿Victoria o derrota? 539

IV. La consecuencia: Santander 542
V. Belchite 545
VI. El final del frente Norte 547

Capítulo 27. Construir el Movimiento 550
I. Eliminación de la democracia inorgánica 550
II. El anuncio de la Monarquía 553
III. Los Estatutos del Movimiento 557
IV. Las dificultades internas 561

Capítulo 28. Minas, submarinos, aviones: la fuente de conflicto con el III Reich 566
I. ¿Beligerancia? 566
II. La conferencia de Nyon 569
III. Alemania presenta sus demandas 572
IV. El proyecto Montana 575

Capítulo 29. Primer ensayo de ruptura con la Hisma 580
I. Consejo Nacional del Movimiento 580
II. Vicente Rojo conquista Teruel 585
III. En las horas bajas 589
IV. La ruptura con la Hisma 591

Capítnlo 30. Institucionalizar la Dictadura 594
I. El Consejo de Ministros 594
II. Las primeras acciones del Consejo 597
III. El crecimiento de Serrano Suñer 601
IV. Las muy delicadas negociaciones con el Vaticano 605
V. El fracaso de Manuel Irujo 609

Capítnlo 31. Mare Nostrum 613
I. La decisión de febrero 613
II. El Fuero del Trabajo 616
III. Primeros pasos hacia una guerra general 620
IV. La batalla de Aragón 622

Capítulo 32. Final del Proyecto Montana 627
I. Las decisiones de Negrín 627
II. Dirigismo estatal deliberado 630
III. De nuevo el freno en los avances 634
IV. Las directrices políticas del conde de Jordana 637
V. La ley de Minas 643

Capítulo 33. Las aguas del Ebro no pasaron por Munich 646
I. Los planteamientos militares 646
II. El estancamiento 650
III. La crisis sudete 653
IV. La victoria en el Ebro 658

Capítulo 34. Barcelona 662
I. Secuelas diplomáticas de Munich 662
II. Los últimos esfuerzos de paz 666
III. El avance hasta Barcelona 669
IV. El final del Régimen Republicano 675

Capítulo 35. ...Y, al final, Madrid 678
I. Franco se adhiere al Pacto Antikomintern 678
II. Proyectos para una capitulación 681
III. Los cuatro días de marzo 688
IV. La liquidación de la guerra 690

Notas
Notas al Capítulo 1 694
Notas al Capítulo 2 697
Notas al Capítulo 3 701
Notas al Capítulo 4 703
Notas al Capítulo 5 705
Notas al Capítulo 6 708
Notas al Capítulo 7 709
Notas al Capítulo 8 713
Notas al Capítulo 9 716
Notas al Capítulo 10 719
Notas al Capítulo 11 721
Notas al Capítulo 12 723
Notas al Capítulo 13 725
Notas al Capítulo 14 729
Notas al Capítulo 15 732
Notas al Capítulo 16 736
Notas al Capítulo 17 739
Notas al Capítulo 18 743
Notas al Capítulo 19 747
Notas al Capítulo 20 749
Notas al Capítulo 21 751
Notas al Capítulo 22 753
Notas al Capítulo 23 755
Notas al Capítulo 24 760
Notas al Capítulo 25 764
Notas al Capítulo 26 768
Notas al Capítulo 27 769
Notas al Capítulo 28 771
Notas al Capítulo 29 773
Notas al Capítulo 30 775
Notas al Capítulo 31 779
Notas al Capítulo 32 781
Notas al Capítulo 33 783
Notas al Capítulo 34 785
Notas al Capítulo 35 787

NOTA PREVIA.

Ignoro, al comenzar la que es ya tercera redacción de esta obra, si llegará un día a publicarse o si, dada mi edad, conseguiré concluirla. Ante todo quiero decir que he tenido en cuenta todas las observaciones que se me han hecho acerca del texto de mi primera edición. Insisto en algo que ya entonces dije y que me propongo mantener con más rigor todavía: escribo sin odios ni aficiones; no estoy en contra de nadie ni a favor de ninguno. Pero me mueve el propósito de cumplir un oficio de historiador que consiste en explicar los sucesos utilizando para ello también las opiniones de los protagonistas: esto es lo que ha chocado y seguirá chocando, me temo, con las actitudes de nuestros días. Al establecerse un criterio oficial –la época de Franco debe considerarse como suma de males sin mezcla de bien alguno– cualquiera que se empeñe en descubrirla como lo que fue, errores y aciertos, programa político sometido a criterios religiosos, en parte cumplido y en parte no, será inevitablemente juzgado como un defensor. Es bien sencillo: quien no condena e injuria, defiende y justifica.

Pero la época de Franco, que cubre casi cuarenta años, fue en sí misma grande, porque los acontecimientos que en ella se produjeron revistieron la grandeza de la guerra y la paz, el asedio exterior, el desarrollo económico y la búsqueda, al final fallida, de una estructura política duradera distinta del totalitarismo socialista o hegeliano y de la democracia liberal parlamentaria. Sólo es posible acceder a ella de modo satisfactorio a través de los documentos conservados. El autor ha podido consultar, mediante fotocopias, muchos de ellos, en especial los que el propio Generalísimo guardaba. El método aplicado es el más rigurosamente tradicional en la investigación histórica: dejar que los documentos y los testimonios hablen por sí mismos, huyendo de interpretaciones para evitar, en lo posible, el juicio previo, la formulación de opiniones y el recurso a las fuentes para apoyarlas y no para rectificarlas.

Franco hizo de la lucha contra el comunismo –en general contra el marxismo– y de la defensa de la Iglesia el eje fundamental de su existencia. Los documentos van a hablarnos de esa lucha. Pero evitaremos cuanto nos sea posible los calificativos. Todas las personas merecen ser tratadas con el mayor respeto: si alguna vez se desliza algo que no lo demuestre, debe atribuirse a la torpeza del autor, no a su intención. Se apreciarán numerosas lagunas, pero esto debe tomarse como incitativa a otros historiadores a fin de que puedan llenarlas. Que no lo hagan con opiniones, recuerdos o sentimientos sino con fuentes testimoniales objetivas, es lo que el autor desea y recomienda. Pasados ya casi veinticinco años desde la muerte de Francisco Franco, deberíamos contar con la serenidad suficiente para hacerlo así.

Este libro, largo, por exigencias del tema, no se presenta con pretensiones de obra definitiva. Provisional y muy provisional. Vamos a entrar en un mundo complejo y muy rico por sus dimensiones: al mismo tiempo que se despejarán incógnitas y se abrirán procesos, van a plantearse nuevas cuestiones a las que otros habrán de responder. Así es el conocimiento histórico. Su utilidad consiste precisamente en que permite explicar y, con ello, induce a los hombres a la reflexión.

L.S.F.

PRIMERA PARTE

FRANCO, GENERAL PARA LA MONARQUÍA Y LA REPÚBLICA

CAPÍTULO 4

DIARIO DE UNA BANDERA.

I. LA PRIMERA IDEA DE LA LEGIÓN.

1. Superada la crisis de 1917, el comandante Franco volvió a las tareas rutinarias que en su Regimiento tenía encomendadas. Solicitó muy pronto licencia para asistir a cursos de perfeccionamiento. Las personas que entonces le conocieron recordarían la afición que demostró al estudio y la lectura en estos tres años escasos que separan el otoño de 1917 del de 1920: parecía que su ambición le empujaba a este perfeccionamiento. Otra vez la vida y el prolongado noviazgo con María del Carmen se sumergieron en el ritmo lento de la querida «Vetusta», tan magistralmente evocada por Leopoldo Alas, Clarín, fallecido apenas unos años antes. En medio de esta monotonía una sola noticia, antes mencionada: el 15 de junio de 1918 recibiría la comunicación denegatoria a la concesión de la Laureada:[1]

> «Visto el expediente de juicio contradictorio instruido a instancias del jefe accidental del Tabor de Fuerzas Regulares Indígenas de Melilla, número 2, para la concesión de la Cruz de San Fernando al capitán de Infantería don Francisco Franco Bahamonde, por el mérito que contrajo el día 29 de junio de 1916 con motivo de la ocupación de El Biutz, Ain Yur y el-Hafa al-Hamra (Ceuta), el Rey (d.D.g) de acuerdo con lo informado por el Consejo Superior de Guerra y Marina, se ha servido resolver que dicho juicio contradictorio no debió formularse a instancia del Jefe que lo solicitó, sino a su propuesta, conforme a lo dispuesto en el artículo 21 de la Ley de 18 de mayo de 1862 y que si bien fue brillante la conducta observada por el citado capitán en el hecho de armas de referencia, no se encuentra comprendido en ninguno de los casos ni artículos de la Ley antes mencionada, desestimándose, en consecuencia, la petición».

Es posible que esta respuesta negativa causara a Franco decepción, pero no se

ha registrado. Tendría que esperar a 1939, en otro escenario y en otras circunstancias, para lucir –bien que mediando la propuesta de Alfonso XIII– la preciada condecoración. Ignoramos también cuáles fueron las razones que le movieron a solicitar, el 21 de febrero de 1955, una copia matriz de los servicios por él prestados en 1915 y 1916, aunque es muy probable que tratara de puntualizar datos en su conversación con biógrafos.

En Oviedo, Franco era tenido por persona abierta, cordial, con aspiraciones de ascenso social, sin duda relacionadas con sus proyectos matrimoniales, y en cierto modo culto. Entre las amistades que allí contrajo figuraba un joven catedrático de Literatura, Pedro Sainz Rodríguez: andando el tiempo, tras un breve paso de éste por el Ministerio de Educación se convertirían en cordiales enemigos. Con paciencia, llegaría a hacerse aceptar por la familia de quien llegaría a ser su mujer.

2. No podía escaparse a la percepción de un militar tan entregado a la lectura y manso observador de acontecimientos desde una sosegada capital de provincias, el hecho de que en 1917 se habían roto definitivamente algunas piezas del mecanismo institucional. Los periódicos daban cuenta de la intervención norteamericana en la guerra, así como de la victoria de Lenin, que estaba implantando en Rusia el primer Estado radicalmente marxista por medio de una dictadura del proletariado que era, en realidad, dictadura de Partido. Para los españoles las esperanzas de prosperidad económica se habían esfumado. A la conciencia de «crisis de la subsistencia» que jugara tan gran papel en el desencadenamiento de la revolución fallida, sucedía una especie de nostalgia por el retorno a un «tiempo normal» que no sabríamos explicar. Concluido el turno pacífico de los partidos e iniciado en cambio el ciclo de la agitación social, en los ambientes políticos se aludía a otra idea, la de una emergencia mediante gobiernos de concentración.

Todos, incluso el Rey, se habituaron a considerar al Ejército como un árbitro eficaz, susceptible de hacer valer su fuerza y propiciar esa fórmula del «buen Gobierno» para la «salvación». Benito Márquez, en una confusa declaración del 24 de octubre, aludió a la conveniencia de una fórmula que coincide, en gran parte, con la que se ensayará en Portugal tras la revolución de 1926: un Gobierno civil pero sostenido por el Ejército y, en definitiva, controlado por él. Tres días más tarde, forzado por las exigencias de las Juntas, dimitió Dato. El 1 de noviembre de 1917 Alfonso XIII pasaba a García Prieto la consigna de formar un Gobierno de concentración, teniendo en cuenta los intereses de los junteros y del regionalismo catalán. La misión principal del nuevo Gobierno sería convocar elecciones «sinceras». Cambó aceptó colaborar dando el nombre de dos ministros catalanes. Las Juntas impusieron el nombre de Juan de la Cierva para el Ministerio de la Guerra.

La izquierda hizo objeto de sus iras a Cambó, motejado de traidor, y a La Cierva. Pero también Benito Márquez se sintió traicionado. Fueron sus propios compañeros de Junta quienes apoyaron al Gobierno, privándole de la presidencia y aceptando su expulsión del Ejército (12 de marzo de 1918). La Cierva aceptó una subida de sueldos a los oficiales y la reserva de los ascensos a la pura antigüedad. Las Juntas se convirtieron en Comisiones mixtas para asesorar al Ministerio, admitiendo sólo oficiales y jefes. Franco fue elegido por sus compañeros para representarlos.

Las elecciones de 1918 confirmaron el desgaste de los partidos históricos sin ofrecer ninguna alternativa: nueve diputados carlistas –que representaban un dominio sobre Navarra y Álava– ocho nacionalistas vascos, veintitrés de la Lliga y seis socialistas resultaban preocupantes. Cambó se convirtio en el político más influyente o, al menos, en el que tenía proyectos más adecuados: créditos agrícolas para acabar con la usura; compra de los ferrocarriles por el Estado; planes de riego; empresas hidroeléctricas y un programa de obras públicas. Pero los viejos políticos tenían otro punto de vista, al encontrarse privados de aquella confortable mayoría en la Cámara que caracterizara el turno.

¿Cómo salir del impasse cuando ni siquiera había conformidad en cuanto al reconocimiento de una España «real»? Comenzaba ya a hablarse de dictadura, sin que esta palabra despertase los ecos peyorativos que mas tarde surgieron, o incluso, como escribía un editorial de *El Sol*, portavoz de las opiniones de Ortega y Gasset, de «dar un golpe de fuerza que acabase con la vieja política». La vocación hacia la dictadura como remedio de emergencia no era tampoco una extraña singularidad hispánica sino más bien europea: antes de que comenzaran a difundirse los totalitarismos se estaban produciendo, como medidas superadoras de la crisis provocada por la guerra, golpes de Estado que implantaban, en Turquía, Polonia, Hungría y otros países dictaduras que los historiadores llaman precisamente «de emergencia». En España faltaba la plataforma política indispensable para la utilidad de una dictadura por lo que las invocaciones de ésta, nacidas en muy diversos ámbitos, tenían tintes vagos.

Alfonso XIII se vio obligado a comprometer un poco más la Corona, respondiendo a demandas de los partidos que no tardarían mucho en reprochárselo. Se trataba de insistir en la fórmula de los Gobiernos de concentración nacional: estamos ante el famoso Gabinete Maura (21 de marzo de 1918), última esperanza, más allá de la cual comenzaba a rumorearse una posible abdicación del Rey. Maura, en quien los historiadores reconocen un verdadero hombre de Estado, sería el gran inédito pues nunca tuvo oportunidad de comprobar en la práctica sus ideas: un tiempo demasiado corto; demasiado ocupado además por las querellas entre el jefe del Gabinete y Dato, entre Santiago Alba y Francisco Cambó. El fracaso podía darse por supuesto: no había ninguna razón para que unos partidos incapaces de lograr un acuerdo para consumir turnos pacíficos de poder lo fuesen para sentarse en torno a una mesa para debatir y resolver los grandes problemas.

La opinión corriente, en España en vísperas del comienzo de una nueva década, estaba adquiriendo la sensación de que carecía de Gobierno; tanta era la velocidad con que éstos se sucedían. En sus discursos posteriores, Franco revelará que compartía esta creencia y también que el deterioro del orden público era la consecuencia inmediata de dicha situación. En el ambiente de desconcierto en que se movía la política española, influyeron, además, dos hechos externos.

– Hubo una profunda recesión en los precios de las principales materias en los mercados europeos, determinando una baja en la demanda que se hacía por parte de los tradicionales clientes. La situación económica interna experimentó un empeoramiento y reapareció el déficit inveterado en el presupuesto. Los sindicatos socialista y anarquista vieron crecer fulgurantemente el

número de afiliados y se produjo un recrudecimiento de las luchas sociales, en forma cada vez más violenta.

– Al término de la guerra el Presidente norteamericano, Wilson, con el concurso más o menos sincero de sus aliados, favoreció en Europa un proceso político que pretendía otorgar a cada nación el derecho a convertirse en un Estado. Para Francia o Gran Bretaña, y aún más para las potencias menores, se trataba de un medio para destruir los Imperios centrales, alejando el fantasma de la hegemonía alemana. Para Lenin, en cambio, el procedimiento mediante el cual Rusia cedía el paso a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, una federación cuyo elemento aglutinante sería el Partido Comunista.

La doctrina del Presidente Wilson iba más lejos: se trataba de afirmar el «derecho a la autodeterminación» como si fuera un gran principio moral. Faltaban, en 1920, los elementos esenciales para definir inequívocamente qué cosa es una nación, cuáles sus elementos constitutivos y cuántas las necesidades de pervivencia. Por ejemplo Serbia, Croacia, Eslovenia y Montenegro fueron reunidas para formar el reino de Yugoslavia, mientras que Bohemia, Moravia y Eslovaquia, con ciertas zonas puramente alemanas –sudetes– se convertían en Checoslovaquia. Para los regionalismos españoles esta doctrina podía resultar contagiosa.[2]

3. También se reactivaba la guerra en Marruecos. Tras la victoria, el Gobierno francés estaba en condiciones de enviar más recursos intensificando su presencia en el reino alauita, sacudido todavía por frecuentes revueltas. España tenía que hacer lo mismo si no quería verse desplazada, pero la propaganda antibelicista en su retaguardia se lo impedía. Un decreto del 9 de marzo de 1918 permitió a los dirigentes socialistas, Pablo Iglesias, Andrés Saborit, Daniel Anguiano, Indalecio Prieto y Francisco Largo Caballero, retornar a la actividad política, convirtiéndose, gracias a las elecciones, en el grupo más fuerte entre los que declaraban su oposición institucional. No les convenía, de momento, insistir en cuestiones que fuesen un recuerdo a la pasada crisis y hallaron en Marruecos lo que deseaban. Formando un apretado bloque comenzaron a referirse a la exigencia de responsabilidades por parte de quienes estaban prolongando una guerra que declaraban injusta y que veían gravosa para el Estado.

Se produjo de este modo una paradoja que el conde de Romanones explicaba ya en 1919 en términos semejantes a éstos: para liquidar la revuelta en Marruecos hubiera sido imprescindible dotar al Ejército de medios materiales suficientes, y de completa libertad de acción, pero ningún Gobierno se atrevía a tanto porque temía ser acusado de militarismo y agresión por los extremistas. En consecuencia se adoptó, conscientemente, la peor política: ahorrar todo lo posible, atar bien las manos al Ejército encomendándole únicamente acciones que pudieran justificarse como defensivas ante la Cámara. Pero esta conducta, desatinada en términos militares, podía conducir, en cualquier momento, a un verdadero desastre.[3]

La muerte del alto comisario español en Marruecos, Francisco Gómez de Jordana, padre de quien sería ministro y colaborador muy destacado del Generalísimo Franco, coincidió con el final de la Gran Guerra. Durante dos años había manteni-

do en paz el territorio, gracias a sus excelentes contactos con el Raisuni y otros caudillos kabileños y, también, a las aportaciones de dinero extranjero. Se interrumpieron con el final de la guerra y el caudillo de Yebala comenzó a mostrarse más exigente porque necesitaba recursos para mantener su propio poder. El 2 de febrero de 1919 fue nombrado alto comisario el general Dámaso Berenguer. Hubo, al parecer, intervención directa del Rey en este nombramiento. La comandancia de Melilla que incluía el mando sobre todas las tropas del sector oriental aunque la ciudad no formase parte del Protectorado, fue encomendada al general Manuel Fernández Silvestre, más antiguo que Berenguer en el generalato y antiguo superior suyo. El alto comisario explicaría más tarde que «un motivo de delicadeza me indujo a confiar el desarrollo de las operaciones –entiéndase que en el sector oriental– al general de sólida reputación, más antiguo que yo».[4] De este modo justificaría el desastre de Annual.

Dámaso Berenguer elaboró un plan de operaciones susceptible de ejecución en plazo de tres años y que probablemente habría conseguido la pacificación del territorio si se le hubiesen proporcionado los medios necesarios, que no eran excesivos: a) sumisión definitiva de Anyera con el puerto de Alcazarseguer; b) sometimiento de la Yebala mediante la ocupación de sus dos ciudades principales, Xauen, capital religiosa, y Tazarut, fortaleza fundamental del Raisuni; y, c) conquista de Alhucemas asegurando la soldadura entre ambas zonas. El Gobierno aceptó el plan y el alto comisario comenzó inmediatamente su desarrollo: el 21 de marzo de 1919 los soldados españoles se apoderaban de Alcazarseguer. El Raisuni abandonó entonces su calidad de amigo sincero lanzándose a una campaña de hostigamiento contra los convoyes. Sin que esto fuera obstáculo, el 5 de octubre se llevaba a cabo la ocupación del Fonduk de Ain Yedda que, como indicamos, era punto clave de las comunicaciones del sector occidental. Berenguer pudo asegurar a finales de 1919 que se estaban cumpliendo sus previsiones.

4. Comenzaba a rondar por la cabeza del comandante Franco un sueño disparatado, según la opinión general, a que le había conducido un comandante, como él, gallego también, José Millán Astray. Coincidieron ambos en el curso reglamentario de perfeccionamiento de tiro para jefes, en Valdemoro, entre los días 28 de setiembre y 16 de noviembre de 1918. Millán Astray se preparaba para un ascenso inmediato al rango de teniente coronel. Evocando ejemplos de la Legión extranjera francesa y de su participación en las guerras carlistas,[5] Millán estaba convencido de que el instrumento idóneo para llevar a cabo la guerra de Marruecos, evitando la fuente de conflictos originada por las reclutas forzosas, podía ser un cuerpo de voluntarios, españoles y extranjeros, altamente profesionalizado, con permanencia en filas muy prolongada y disciplina de hierro. Además de la eficacia de semejantes unidades tenían la ventaja de que actuarían como regeneradoras de los desechos humanos que la postguerra había arrojado a todos los caminos; y si morían en la lucha no quedaban familiares para protestar en su nombre.

De momento se trataba de una idea fantástica que no encontraba eco. Franco creyó en ella, pero tampoco mostró demasiadas esperanzas de salir por este medio de la rutina de su guarnición. Regresó a Oviedo el 26 de noviembre de 1918 y aquí permaneció durante todo el año 1919 y la mayor parte del 20 –con una breve salida

entre los días 30 de abril y 4 de mayo a causa de un amago de huelga en la cuenca minera asturiana– estrechando sus relaciones afectivas. Cuando la novia cumplió veinte años, sus padres aceptaron el noviazgo: en 1920 Franco inició los trámites para el permiso de matrimonio que, según las Ordenanzas, debía ser otorgado a nombre del Rey en cuanto comandante supremo del Ejército.

II. DAR RIFFIEN.

1. Años más tarde, los veteranos de la Legión, protagonistas de dos guerras, recordaban con orgullo las que fueran primeras generaciones, aquellas que «pasaron por el arco viejo de Dar Riffien», porque ellas marcaron el estilo. El arco fue demolido más tarde, pero el sentimiento permaneció. En sus escritos y, en especial, en su monografía, importante para la enseñanza militar, Franco aparece como un partícipe de este orgullo. Tal vez porque fue el primero en compartir y llevar a la práctica la idea de Millán Astray. Aunque esta idea era de una lógica aplastante –todas las razones, técnicas y políticas, aconsejaban la creación de unidades estrictamente «africanas»– tropezó con serios obstáculos y la más absoluta incomprensión. Cuando la propuso por primera vez, en 1919, apenas ascendido al grado de teniente coronel, acompañándola de una memoria que utilizaba la experiencia francesa en Argelia, Millán tuvo el apoyo del general Berenguer, pero no así del Ministerio de la Guerra.

Se trataba de una reacción fácil de entender: era el momento de máxima influencia de las Comisiones mixtas, secuela de las Juntas de Defensa, y éstas nada querían saber de unidades especiales que abriesen de nuevo el camino a los ascensos por méritos de guerra. Este «sindicato militar legalizado por la claudicación del poder público», como Mola definió el movimiento de los junteros, sabía que un Cuerpo especial de voluntarios tendría que regirse por normas distintas, también especiales. La influencia de las Comisiones era tan grande que incluso los jefes y oficiales más reluctantes a las antiguas Juntas, ingresaron en ellas: Mola y Franco representaron a sus compañeros en estos años de 1919 y 1920.

El conflicto era serio, mucho más de lo que un análisis superficial podría hacernos creer. Los miembros de las antiguas Juntas, que habían prestado al Gobierno un servicio inapreciable durante la crisis de 1917, se oponían a cualquier procedimiento que no respetase rigurosamente la antigüedad. Según ellos, la carrera militar debía encuadrarse en un casillero perfectamente medido en el que los años de servicio y el número adquirido en la Academia determinaban, según las vacantes, el tiempo de permanencia en cada grado. Había méritos, sin duda, en el combate como en la paz, pero el premio a que dichos méritos se hacían acreedores tenía que consistir en otra cosa: condecoraciones, gratificaciones extraordinarias, ventajas materiales.

Ahora bien, si se quería dar remate al plan de pacificación de Dámaso Berenguer, comenzado con buenos auspicios pero chocando con dificultades crecientes, era imprescindible introducir alicientes eficaces para que los oficiales y jefes más capacitados solicitasen destino en África: las condecoraciones y gratificaciones no bastaban. Ningún ejército, jamás, salvo en determinadas épocas los mamelucos y los jenízaros, había prescindido de ascender por méritos en el combate: ése fue el secreto de Napoleón. Hubo un momento en que para salir del «impasse» se hizo la pro-

puesta de establecer una separación entre el Ejército peninsular y el destinado a Marruecos; los «africanos» la rechazaron porque equivalía a convertirlos en un apéndice a las Fuerzas Armadas del Sultán. Sin embargo, flotaba ya en el aire la idea de que se necesitaban unidades especiales distintas.

1918 había sido un año relativamente tranquilo, una especie de tregua tras la tormenta del anterior. Pero algunos historiadores de nuestros días aconsejan llamar «trienio bolchevique» al de 1919-1921, porque la subversión retornó a las calles con increíble grado de violencia. Puede decirse que se percibían los ecos de los estallidos revolucionarios en Europa, pero se trataba, sobre todo, de la incapacidad del Régimen, tras el fracaso del Gobierno «corto» de Maura, para resolver los graves problemas económicos y sociales que afectaban al país. Dio la señal de partida la dura huelga de la Canadiense de Barcelona (21 de febrero a 7 de abril de 1919), a la que sucedieron otros conflictos no menos graves. Siguió inmediatamente una oleada de terror: a los pistoleros rojos, incendiarios de fábricas y asesinos de empresarios, replicaron éstos alquilando pistoleros amarillos que no tardaron en jactarse de que causaban más víctimas que sus adversarios.[6] Los doce Gobiernos que se sucedieron entre 1918 y 1923, colocaron la media de duración en el poder por debajo de los cinco meses. Había conciencia de que no existían medios para superar la crisis. En estas condiciones ¿cómo ganar la guerra de Marruecos?

2. Alguien tenía que entender a Millán Astray, que continuaba insistiendo. El 28 de enero de 1920 el Ministerio dio luz verde y aunque los veloces cambios de gobierno impusieran nuevos retrasos, llegó la decisión: la unidad de voluntarios iba a llamarse Tercio, por una tardía memoria de los que combatieran en Flandes y en Italia. Durante dos semanas, en junio de 1920, permanecieron reunidos en Madrid Franco y Millán Astray, quedando ambos de acuerdo en que el joven comandante sería el primero en incorporarse a la nueva unidad; de este modo tendría el segundo lugar en la jerarquía. El decreto que definitivamente creaba el Tercio se firmó el 31 de agosto de 1920.[7] Se daba por supuesto que estaría mayoritariamente compuesto por extranjeros.

Berenguer necesitaba la Legión, porque las fuerzas de que disponía estaban por debajo de las que necesitaba para el ambicioso plan que se había propuesto. 1920 tenía que ser el año de Xauen y también el del cruce del Kert, enfilando ya el objetivo final de Alhucemas. Al principio todo salía bien: son nombres para la Historia: Saliquet y Orgaz mandan dos de las tres columnas que marchan sobre Xauen; Agustín Muñoz Grandes cae herido; y el joven teniente José Enrique Varela –un oficial que empezara siendo simple soldado– gana la primera de sus dos Laureadas. Por su parte Fernández Silvestre pasaba el Kert y a primeros de octubre, alcanza Bu Hafora.

Era el tiempo preciso. El 27 de setiembre de 1920 una orden especial enviaba al comandante Franco, en comisión de servicio, a Ceuta para organizar la primera bandera del Tercio. Banderas (bandiera) eran las antiguas unidades húngaras para luchar contra los turcos; de allí tomaron el nombre los Tercios españoles. En la nueva Legión una bandera estaba formada por dos compañías de fusileros, una de ametralladoras, secciones de zapadores y aprovisionamiento; iba a disponer de una gran movilidad táctica. Para acudir a la lucha Franco tuvo que demorar su matri-

monio, aunque ya contaba con los dos permisos necesarios, el del Rey y el del padre de la novia.

Franco se incorporó a su puesto de mando antes de que llegaran todos los soldados que se esperaban. En un punto se estaba demostrando que Millán Astray tenía razón: apenas fijado el banderín de enganche –la fecha fundacional aceptada es la del 4 de setiembre de 1920– afluyeron reclutas en gran número: la Gran Guerra y las terribles agitaciones sociales bastaban para proporcionar esa masa de inadaptados –«cada uno será lo que quiera, nada importa mi vida anterior»– en los que predominaba la conciencia de que el servicio militar es el medio de recobrar la dignidad. Extranjeros o españoles, el mayor número procedía de quienes habían estado bajo las armas con anterioridad. ¿Qué razones podían empujar a un oficial de la Guardia del Kaiser a enrolarse?[8]

La Legión y Franco se identificaron de tal modo que durante el lustro siguiente, las noticias de los periódicos presentarían a una y otro como inseparables. El comandante comenzó a recoger notas para un libro que llamó *Diario de una Bandera*. A éste debían haber seguido otros dos, uno sobre la retirada de Xauen y otro sobre el desembarco en Alhucemas, que no llegaron a completarse del todo aunque lo esencial del relato sería recogido en artículos para la Revista de tropas coloniales. En 1922, al publicarse la primera edición del *Diario*, Franco pidió a Millán Astray que escribiera el prólogo, y el teniente coronel se desató en elogios acerca del autor: «valor, inteligencia, espíritu militar, entusiasmo, amor al trabajo, espíritu de sacrificio y vida virtuosa, las reúne, por completo, el comandante Franco». Los adversarios del Generalísimo, hostiles a cuanto constituye su memoria, se sienten molestos por esta larga frase elogiosa, que subraya las virtudes y oculta los defectos –hábito universal de quienes aceptan prologar el libro de un amigo– pero conviene recordarla porque coincide con las palabras que figuran en los partes de guerra donde fue citado, y también en su Hoja de Servicios.

3. Pasemos ahora al otro lado, en que operaba la memoria de Franco. Cuarenta años más tarde, instalado en su despacho de El Pardo, resumió su experiencia escribiendo sólo estas pocas palabras: «Legión = afianzamiento de la personalidad». El laconismo estricto de la frase posee un gran valor; no trataba con ella de buscar una alabanza, sino, simplemente, de comprobar un hecho. Identificándose con muchos de los voluntarios, «el militar de profesión, que sólo ha nacido para ser soldado»[9] buscó y encontró en el Tercio un refuerzo de su propia identidad. Logró este objetivo, pues saldría convertido en el más joven y mejor conocido de los generales españoles.

En la mañana del 10 de octubre de 1920 el ferryboat que cubría el trayecto entre Algeciras y Ceuta, conducía a los primeros doscientos hombres enrolados en la Legión y a quien era ya su comandante que –son sus palabras– los «contemplaba con la simpatía de los que van a encaminar su vida juntos». Entre unos y otros había gran contraste. Delgado y frágil, muy joven, con bigote negro y escaso, tez pálida y corta estatura, la voz un tanto chillona, de la que no abusaba: en resumen un comandante de 28 años. Hombres maduros y jóvenes demasiado jóvenes, desarraigados como despojos que arroja a cualquier playa la pleamar de la vida, pero dotados de una esperanza de reencuentro, «en franca camaradería» con la propia dignidad; así se mostraban los primeros legionarios. «Parece que vuelven a ser niños», anotó Fran-

co: y sin embargo muchos de ellos no iban a regresar de aquel viaje hacia la muerte en combate. Edades inciertas y heterogéneas: se encontraron allí un padre y un hijo que apenas se conocían.

El teniente coronel Millán Astray salió a su encuentro en una gasolinera e improvisó una arenga muy breve en la que destacaban dos impensados conceptos: «caballeros» y «muerte». Indudablemente el creador de la Legión conocía bien su oficio: llamar a aquellos mercenarios caballeros era poner al descubierto sus esperanzas de dignificación. Presentar de antemano la perspectiva de la muerte equivalía a despojarse de toda retórica. No se estaba ofreciendo a aquellos hombres un salario sino sólo la reparadora dignidad que conlleva la disciplina heroica y, en el peor de los casos, una meta final con honor para una vida cuyos antecedentes era mejor olvidar.

No debe magnificarse el espíritu de tales hombres. Los recién llegados inauguraron la costumbre de alistarse con nombres que inventaban sobre la marcha y que el escribiente anotaba con toda seriedad sin asombrarse de que don Pedro Calderón de la Barca o Lope de Vega volviesen a militar en el Tercio. Veinte candidatos fueron rechazados en el reconocimiento médico, incluyendo un monje a quien su prior impusiera esta penitencia. Casi todos los reclutas aprovecharon la primera noche para gastar íntegra la prima de enganche que acababan de recibir: gesto psicológico importante y modo original de impedirse a sí mismos la tentación de retornar al pasado.

Franco incluyó a todos en la primera Bandera y los llevó al campamento de Dar Riffien para la instrucción. Allí se alzaría muy pronto el arco antiguo, con la leyenda «legionarios a morir» que se conservaría como un lema. La preparación antes de entrar en combate fue muy somera. La indisciplina, una verdadera lacra; parte de los reclutas procedía de Barcelona y no es vano suponer que abundasen pistoleros con cuentas pendientes con la justicia. También había un clown austríaco y un boxeador negro norteamericano.

Para mantener la disciplina Franco impuso, al menos en dos ocasiones, la pena de muerte sin juicio sumarísimo, aunque Millán Astray se oponía. Pero el Generalísimo se refirió a este episodio con plena naturalidad, juzgándolo imprescindible para mantener el orden. Los dos casos tuvieron lugar durante la estancia en Uad Lau. Uno de ellos afectó a un soldado indígena que asesinó al teniente de policía y fue capturado por dos legionarios. El otro a un desertor, llamado Francis Phillip, que se insolentó con el alférez Montero arrojándole a la cara un rancho de lentejas. Nunca estimó Franco que hubiera hecho, con las ejecuciones, algo indebido.

En Dar Riffien tuvo noticia Franco, el 24 de octubre de 1920, de que el general Berenguer, procediendo con la segunda etapa de su plan, se encontraba, desde diez días antes, en la ciudad santa de Xauen. La prensa española favorable al Gobierno acompañó la noticia de algunas pintorescas descripciones acerca de la alegría con que la población musulmana y judía estaba recibiendo a los españoles. Esta imagen era, al menos en parte, falsa, puesto que Xauen se convirtió automáticamente en una guarnición amenazada de cerca en sus líneas de comunicación, demasiado largas: desde allí se solicitaron camilleros de la Legión, que todavía no habían recibido la instrucción debida. Con premura de tiempo los legionarios juraron bandera el 31 de octubre: iban a ser enviados a posiciones más avanzadas donde podrían continuar su entrenamiento.

En sus arengas, Millán Astray y sus oficiales intentaban transmitir a los mercenarios el orgullo de una condición que debía convertirlos en los «mejores soldados de la Patria». Pero el teniente coronel también sabía con quiénes tenía que habérselas: un legionario que faltó a la disciplina se le presentó una vez con un enorme pez, justificando su ausencia por haber dedicado la noche a pescar una merluza para su jefe; éste comentó, con humor, que la «merluza» la llevaba puesta en forma de tremenda borrachera.[10] Una norma, diametralmente opuesta a la que regía en las dos Guerras mundiales, fue impuesta a los legionarios: estaba prohibido abandonar a los «camaradas formidables» prisioneros, heridos e incluso muertos.

III. DE UAD LAU A XAUEN.

1. El 2 de noviembre de 1920 llegó para Franco y su Bandera una orden de marcha. Tres jornadas, pasando por Tetuán, les llevaron a la playa de Uad Lau, que se convirtió de este modo en el primer campamento de la Legión en campaña. Estaba proyectada para asegurar las comunicaciones de Xauen con el Mediterráneo y, por consiguiente, como suficientemente tranquila para permitir la continuación del entrenamiento intensivo. La Bandera permaneció aquí hasta abril de 1921: la disciplina era tan severa que muy pronto los legionarios sintieron el deseo de entrar en fuego. Por primera vez España se proponía desplegar, sobre el áspero suelo de Marruecos, frente a los valerosos rifeños, otros hombres capaces de sentir, como aquéllos, el gusto por la guerra.

Llegaban seguramente periódicos desde la Península, con las noticias de los graves sucesos que estaban acaeciendo. Pero en los escritos de Franco no ha quedado rastro alguno de las opiniones que en él podían suscitar. Puede formularse la hipótesis de que muchas de las opiniones que más tarde sustentaría hayan podido comenzar a formarse en este momento, pero si nos atenemos a los datos fehacientes tendríamos que concluir que en Uad Lau era tan sólo un joven comandante, entregado en cuerpo y alma a la preparación de una unidad destinada a ocupar posiciones de vanguardia. A su lado, en posiciones subordinadas, aparecieron, como siempre, Francisco Franco-Salgado y Camilo Alonso Vega; al segundo de ellos encomendó la singular tarea de crear y dirigir una granja avícola y ganadera.

Éste es otro de los rasgos fundamentales que explican la peculiar manera que Franco tenía de entender el Ejército; será muy importante, tanto en el caso de la Legión como durante la Guerra Civil. La misión fundamental de un jefe –pensaba– consiste en acumular todos los elementos necesarios para asegurar la victoria: no parece haber estado nunca convencido de su genialidad como estratega. Para que el Tercio, unidad autónoma, rindiese a la perfección era imprescindible que sus miembros tuviesen la sensación de estar bien vestidos, bien alimentados y puntualmente pagados. Manejando con habilidad sus propios recursos, consiguió una gran capacidad de maniobra: en lugar de lamentables cuarteles se construyeron alojamientos más confortables. Los legionarios cobraban una prima de 500 pesetas por un compromiso de tres años y de 700 si se trataba de cinco, devengando una dieta diaria de 4'10 pesetas de las que una parte se destinaba a vestido y alimentación, entregándose en mano «las sobras». La granja de Alonso Vega pro-

porcionó carne, huevos y leche de la mejor calidad y, desde el segundo año, beneficios que se cifraban en 60.000 pesetas. Para atender a las necesidades del campamento principal en Dar Riffien se construyó un embalse que proporcionaba 500.000 litros de agua.

Así pues el único problema fundamental, que durante los seis meses de entrenamiento sedentario tuvo que resolver el comandante Franco, fue el del tedio, que se traducía en frecuentes peleas y borracheras.[11]

2. Mientras Franco se ocupaba en la instrucción de su bandera de legionarios, sin calcular el provecho que más tarde rendiría en otro escenario, otros personajes, grupos y partidos se movían para ocupar sus puestos en el drama. Las postrimerías de la Restauración se caracterizaron por las fuertes tensiones sociales. Cada año aumentaba el número de horas perdidas a causa de huelgas cada vez más duras, que empujaban a la ruina a empresas que estaban debilitadas por la caída del comercio exterior. Crecía, en Barcelona y otras ciudades, la lacra del terrorismo y del pistolerismo: los partidos políticos confesaban ya su impotencia ante tales problemas. El 8 de noviembre de 1920 el Gobierno llegó a la decisión de nombrar gobernador civil de Barcelona a un general, Severiano Martínez Anido, que tenía fama de ser extraordinariamente riguroso; Cambó y Bas defendieron dicho nombramiento porque ya no confiaban en otra cosa.

La cadena ininterrumpida de represalias creó en Barcelona un clímax que preludiaba la guerra civil: cada bando parecía responder con la violencia a cualquier golpe de la violencia contraria, jactándose de acciones vituperables como si fueran éxitos.[12] Cuando el dirigente anarquista Francisco Layret fue asesinado por pistoleros a sueldo, un comando de cuatro personas, posteriormente identificadas, se trasladó a Madrid para asesinar a Eduardo Dato en plena calle, en la plaza de la Independencia (8 de marzo de 1921). Manuel Allendesalazar, un vizcaíno de 65 años, que había formado parte en casi todos los gabinetes conservadores y presidido uno por breve tiempo, fue el encargado de suceder a Dato, con muy escasas perspectivas.

Crecían los sindicatos y el Partido Socialista. Eran las grandes fuerzas dotadas de entusiasmo que se sentían capaces de establecer un futuro. La revolución de octubre en Rusia y la victoria que el Ejército Rojo estaba consiguiendo pese a la espantosa situación de penuria, encendía sus esperanzas. Cuando en marzo de 1919 Lenin creó la III Internacional, anarquistas y socialistas se preguntaron si no debían adherirse a ella. Muchos dirigentes españoles visitaron Rusia para informarse pero la impresión que recogieron fue predominantemente negativa. El cenetista Ángel Pestaña se enfrentó con el propio Lenin en su despacho del Kremlin. Fernando de los Ríos fue más lejos: preguntó al dictador ruso por la libertad y escuchó la siguiente y desoladora respuesta: «Libertad, ¿para qué?».

Aunque las opiniones estaban divididas, en el Congreso extraordinario del PSOE los intelectuales, arrastrando el mismo Pablo Iglesias, impusieron el criterio de no sumarse a la III Internacional. Lo mismo hicieron los dirigentes de CNT. Fue entonces cuando Óscar Pérez Solís y Daniel Anguiano decidieron crear un nuevo partido disidente que se denominó comunista. Pero éste, muy minoritario, careció de importancia antes de la revolución de Asturias de 1934.

3. Desde principios de 1921 el general Berenguer preparaba la ejecución de la tercera fase de su plan de operaciones, que creía iba a encontrar mayor dificultad en el teatro occidental que en el oriental: el Raisuni, antiguo amigo y ahora enemigo, parecía el único jefe de talla suficiente. Desde Melilla, el general Fernández Silvestre, con fuerzas inferiores a las que la operación requería, había iniciado el avance desde el Kert hacia Alhucemas y el territorio de los Beni Urriaguek. Ante la escasa resistencia que encontró llegó a convencerse de que sus soldados bastaban para llevar adelante la operación. En opinión de todos los jefes destacados en África –incluyendo a Franco, que insistiría mucho en este punto– la conquista de Alhucemas era la operación decisiva que permitiría soldar las dos zonas, pacificando el conjunto. El 17 de febrero de 1921 ocupó Silvestre la posición del monte Arruit, comenzando sus preparativos para cruzar el río Amekran: aunque se estaban produciendo encuentros con moros rebeldes, en sus informes al alto comisario insistía en decir que la operación se estaba desarrollando con toda normalidad. Durante algunos meses se abrigaron grandes esperanzas.

El alto comisario había decidido aprovechar la primavera para estrangular las posiciones del Raisuni, ocupando los montes de Gómara, cuyos moradores eran amigos, y cercando la fortaleza de Tazarut, último refugio del rebelde. El Tercio, que desde principios del mes de abril vivía con tenso nerviosismo su próxima entrada en fuego, iba a ser incorporado a la columna del coronel Castro Girona, estableciendo ante todo una segura línea de comunicación entre Uad Lau y Xauen. El 17 de abril Castro Girona llegó al campamento de los legionarios que, aquella noche, despidieron sus aburridos meses de entrenamiento con una formidable borrachera. Hasta que vino Franco, cerró la cantina y los envió a dormir.[13]

Tras un corto paseo por las tierras amigas del valle de Tagra, los legionarios emprenderán desde Uad Lau la marcha sobre Xauen. El 3 de mayo, Franco contemplaba por primera vez la misteriosa ciudad, bien ajeno a que sería, tres años más tarde, escenario de una de sus grandes hazañas:

> «Tiene la paz de los poblados mogrebinos. Calles empinadas y estrechas forman la parte alta del pueblo, donde los olivos asoman entre los pendientes y rojizos tejados; una muralla alta y aspillerada rodea la ciudad, dándole parecido con nuestros pintorescos pueblos andaluces y, en el centro de la población, se alzan los murallones de la alcazaba, en cuyo torreón principal, cubierto de espesa hiedra, ondean las banderas mora y española. La parte baja de la población es más interesante. La calle de la Sueca, con sus tiendas como cajones, ofrece a la venta, con las telas de la ciudad, la chilaba de rica lana confeccionada en sus telares primitivos... Al sur de la ciudad, el barrio de los molinos constituye uno de sus más bonitos rincones. El río salta entre los peñascos, moviendo las ruedas de los molinos, y en medio de los frondosos árboles, corre, por los canales descubiertos, la cristalina agua de la ciudad. El agua es el tesoro de este pueblo...».[14]

Sorprenden la elegancia y sencillez de estilo en algunos pasajes del libro de Franco.

En Xauen se reunió, completa, la Legión. Había superado con éxito la primera prueba: al enlazarse la nueva línea desde Uad Lau con la que unía Xauen con Alca-

zarquivir, el Raisuni quedaba estrechamente bloqueado en sus montañas del interior. La operación, que ocupa apenas dos líneas en un libro, fue para los legionarios un bautismo de fuego muy duro que Franco registró en su *Diario* con fría objetividad minuciosa: el lector tiene la impresión, muy típica de los oficiales que viven en contacto con la tropa, de que los combatientes se tratan como personas de carne y hueso. Aparecen en estas páginas el alférez Montero, que pasó en vigilia su primera noche de campo por el temor que le inspiraban los moros sin comprender que eran amigos, y el teniente García de la Torre, abatido por un disparo en el vientre, que ya no vería más a la linda muchacha cuyo retrato llevaba en la cartera. Casos, sin duda, que rememoraban en Franco experiencias propias. El desmayado sombrero redondo, de tela, que se proporcionaba a los legionarios, no daba a éstos un aire demasiado bizarro y, a veces, suscitaba la burla de otras unidades. Ello no obstante, fue durante la campaña de Xauen cuando empezó a imponerse el prestigio de la Legión.

4. En un intervalo entre dos servicios de descubierta, el comandante Franco tomó la pluma para escribir un incisivo artículo, *El mérito en campaña*, que defendía el punto de vista de los africanos contra las tentativas de crear un Ejército colonial aparte del de la Península. Lo remitió a la Revista del Arma de Infantería (que se titulaba *Memorial*) pero nunca fue publicado. Las Comisiones mixtas poseían recursos suficientes para impedir la difusión de doctrinas y opiniones contrarias a las suyas. Por eso cuando el teniente coronel González Carrasco inició la protesta contra los junteros, Franco y Millán Astray se sumaron a ella solicitando la baja en las Comisiones. Probablemente entonces surgió la idea de que se necesitaba alguna publicación que defendiese el punto de vista de la oficialidad africana. Se crearía en 1925.

Franco, resguardándose en fórmulas de respeto –«no pretendo yo resolver estos problemas pues su solución se encuentra en lo ya constituido»– intentaba dirigirse a los generales y jefes del Arma de Infantería en nombre de quienes «forman el núcleo principal de este Ejército» destacado en Marruecos, sin utilizar la primera persona del singular ni del plural, pero mostrándose vehemente portavoz. No creía que la creación de un Ejército específicamente colonial –la Legión lo era– tuviera que tener como resultado el aparcamiento definitivo de los oficiales que sufrían y morían en Marruecos precisamente porque éste era «la mejor escuela práctica, por no decir la única» en que debían forjarse los mandos del Ejército español. En otras palabras, mediante las campañas africanas se lograba la regeneración de aquel Ejército, lo que no se lograría, en modo alguno, si se separaban las escalas de los dos conjuntos. Por Marruecos debía pasar el mayor número posible de los futuros mandos.

Mientras tanto, los legionarios se endurecían en sus frecuentes encuentros. Se acercaba la culminación victoriosa de la campaña. Al menos, así lo creían. El 29 de junio de 1921 volvieron a situarse en la vanguardia de la columna que avanzaba hacia Tazarut: se había decidido el asalto al refugio supremo del Raisuni. El campamento base para esta gran operación quedó establecido en el Zoco Jemís de la kabila de los Banu Arós. Damaso Berenguer concedió al famoso caudillo un plazo, que concluía el 22 de julio, para avenirse a la firma de nuevas capitulaciones. Parece como si los dos generales españoles, Berenguer y Fernández Silvestre, hubiesen coincidido en el pensamiento de brindar a Alfonso XIII la victoria decisiva precisamente en la fiesta del Apóstol Santiago, patrón de España, que se celebra el 25 de julio.

IV. ANNUAL.

1. El plazo dado al Raisuni no llegaría a agotarse. «Son las dos de la mañana (del 22 de julio de 1921). En el silencio de la noche escucho la voz del Teniente Coronel (Millán Astray) que ordena que llamen al Comandante Franco. No era preciso: salía de la tienda y me uní a él». Con estas sencillas palabras el futuro Generalísimo da cuenta de uno de los momentos esenciales de su existencia y también de la de España entera. En aquel rincón del Zoco Jemís nadie sabía qué estaba ocurriendo, excepto que se reclamaba con urgencia una bandera del Tercio que debía trasladarse al Fonduk de Ain Yeda, donde se le darían las instrucciones oportunas.[15] Hecho el sorteo, correspondió marchar a la primera. En la práctica, Franco y sus hombres tendrían que cubrir, en dos jornadas agotadoras sin interrupción, el camino que les separaba de Ceuta, donde el barco «Ciudad de Cádiz» iba a transportarlos a Melilla.

Iban creciendo los rumores: las fuerzas de la Comandancia oriental habían sufrido un desastre de enormes proporciones que alteraba, de arriba abajo todos los planes, todos los proyectos. Los legionarios, formados en los muelles de Ceuta al declinar el día 23 de julio, sabían que Sanjurjo estaba organizando auxilios y que todo el Tercio tendría que seguir a su primera bandera, pero ignoraban si se les llevaba a prestar socorro a Melilla o a reconquistarla.

Lo sucedido era Annual, un nombre de profundas resonancias cuyos efectos probablemente se han exagerado –ésta es la opinión de Raymond Carr– pero que en cualquier caso deben considerarse importantes. La ocupación de Alhucemas, objetivo para las unidades que mandaba Manuel Fernández Silvestre, exigía de éste un enfrentamiento con los Beni Urriaguel, que podían movilizar 35.000 combatientes y que no eran nada amistosos. Entre enero y marzo de 1921 avanzó dentro del territorio enemigo hasta ocupar una línea entre Annual y Sidi Dris. Berenguer le había prometido un refuerzo de 1.500 hombres pero, con toda probabilidad para enviárselos en el momento en que hubiera concluido sus propias operaciones. Mientras tanto Silvestre viajó a España, se entrevistó con el Rey, recibió un homenaje de sus antiguos compañeros de la Academia de Caballería de Valladolid y concibió fuertes esperanzas de lograr una promoción personal notable en caso de victoria.

Silvestre iba a encontrar frente a sus tropas un enemigo de insospechada calidad: Muhammad 'Abd al-Karim, conocido corrientemente como 'Abd el-Krim. Hijo de un notable de Axdir, amigo de España, alumno de la Universidad musulmana de Fez, había hecho carrera en Melilla, como cadí y como periodista: era el editor de la página árabe de *El telegrama del Rif*. Por esta causa las autoridades españolas sospecharon que había recibido dinero e instrucciones de los agentes alemanes para oponerse a la política francesa y española –en realidad su sueño parece haber sido ya entonces la creación de una República rifeña de carácter popular y revolucionario– y le encarcelaron. Huyó de la cárcel rompiéndose una pierna. Típico intelectual islámico carecía en apariencia de las condiciones militares necesarias, pero refugiado en las montañas, fuera del alcance de los españoles, consiguió reunir una harka de 100 hombres a los que inculcó la misma confianza que él tenía en la posibilidad de derrotar a unas fuerzas españolas compuestas de reclutas y de auxiliares indígenas poco fiables.

Nacido en 1882 se encontraba en 1921 en plena madurez. El término de la Gran Guerra iba a permitirle contar con técnicos alemanes para su armamento y, sobre

todo, con la simpatía y ayuda, al menos moral, de los agentes comunistas. Dos franceses, Sémard y Doriot, fueron identificados en los informes españoles como prestando ayuda al caudillo rifeño.

2. La saga heroica de 'Abd el-Krim, que duraría cinco años, se inició al alba del 2 de junio de 1921 cuando la pequeña harka, que usaba precisamente fusiles españoles, asaltó la posición de Monte Abarrán, dando muerte a sus defensores y apoderándose de abundante material de guerra, incluso un cañón, dos morteros y cuatro ametralladoras. Fernández Silvestre dio poca importancia a este revés que comentó en una entrevista que celebró con Berenguer a bordo del buque «Princesa de Asturias». La tenía, y muy grande: el prestigio personal de 'Abd el-Krim, que ahora podía rearmar a los rifeños que acudían a sus filas, creció extraordinariamente. El alto comisario recomendó a Silvestre una estricta defensiva –sus fuerzas estaban excesivamente dispersas– hasta que el Raisuni hubiese capitulado porque entonces se podrían transferir a la zona oriental algunas de las fuerzas del sector occidental.

Silvestre cumplió las órdenes de su superior aunque gozaba de autonomía en las decisiones: hizo ocupar y fortificar la posición de Igueriben porque la consideraba indispensable para la protección de Annual, en donde se hallaba el nudo principal de comunicaciones y defensa. La tierra era áspera y muy dura por falta de recursos; la intendencia española funcionaba tan precariamente que, a veces, faltaban a los soldados suministros tan elementales como el agua. Las harkas de 'Abd el-Krim (contaba ya con 600 hombres) cercaron Igueriben, privándola de comunicaciones con su retaguardia. Su defensor, el comandante Benítez resistió heroicamente hasta el 21 de julio, agotando las municiones y los recursos: a falta de agua, los soldados bebieron orines mezclados con azúcar.

Se ha considerado como un error básico del general Silvestre haber intentado socorrer a la guarnición de Igueriben en lugar de evacuarla cuando aún era tiempo: las tropas enviadas a liberarla fueron derrotadas y huyeron. El pánico en Annual creció cuando se vio que de los 300 hombres que componían la unidad de Benítez sólo 25 consiguieron alcanzar la retaguardia en un grado de agotamiento máximo ese día aciago del 21 de julio. Se solicitaron urgentes auxilios a Ceuta y fue esta demanda la que provocó la orden de marcha de la primera bandera. A toda prisa Silvestre se trasladó a Annual, comprobando la insuficiencia de los medios disponibles. Sus vacilaciones, provocadas en gran medida por la deserción de los regulares indígenas, contribuyeron a provocar el desastre: el 22 de julio 'Abd el-Krim lanzó todas sus fuerzas al asalto.

Hay un sincronismo: iban los legionarios de Franco a marchas forzadas hacia Ceuta mientras en Annual se consumaba un desastre que costaría muchas vidas. En Tetuán «al formar la tropa en la entrada de la ciudad, un paisano nos da la terrible noticia de que en Melilla ocurrió un desastre y el General Silvestre se ha suicidado».[16] El general Silvestre murió y, según comentaría un hermano de 'Abd el-Krim, Annual había pasado a ser, en la conciencia musulmana, un segundo Omdurman, aun con resultado inverso.[17] Las fuerzas en retirada no pudieron reagruparse en Ben Tieb, como estaba previsto: llegaban noticias abultadas acerca de los regulares que asesinaban a sus jefes españoles, sembrando el pánico. El general Navarro, con un refuerzo de 3.000 hombres –todo lo que Melilla disponía para su defensa– tras haber

intentado establecerse en Dar Drius el 22 de julio, retrocedió fortificándose en el monte Arruit, sin ejercer control sobre los suministros de agua. Había certeza de la muerte de Silvestre. Arruit capituló el 2 de agosto y Nador resistió hasta el 9 de dicho mes. Pero desde el 23 de julio era Melilla una ciudad presa de pánico, en la que pugnaban por refugiarse los vencidos, que venían macilentos, destrozados, en completo desorden.

V. DAR DRIUS.

1. Retrocedamos unos días, hasta esa tarde del 23 de julio en que la primera Bandera del Tercio, con otros refuerzos, subió a la cubierta del Ciudad de Cádiz. Pronto llegaron los demás legionarios y un grupo de regulares. Sobre este conjunto de fuerzas, un poco improvisado, ejercería el mando supremo el general Sanjurjo. Los cables que llegaban constantemente al buque permitían perfilar las noticias, que Sanjurjo comunicaba a los jefes. Viajaron toda la noche. Al día siguiente, 24, domingo y víspera de Santiago, se celebró la misa en la cubierta pero «nuestro pensamiento –recuerda Franco– vuela lejos, detrás de la columna que se retira».[18] «Forzad la marcha», tal era la insistente petición. Las páginas del *Diario* reflejan el crecimiento de la cólera de los jefes del Ejército, ante la magnitud de un desastre que atribuyen erróneamente al desamparo y equivocaciones del Gobierno. También Dámaso Berenguer se ha trasladado a Melilla.

A las dos de la tarde, como estaba previsto, el barco llegó al muelle en donde se había concentrado mucha gente asustada. Un ayudante del alto comisario subió a bordo, precisó las noticias –más bien la falta de noticias acerca de la suerte de Silvestre y de Navarro– y explicó: «hace falta levantar la moral del pueblo, traerle confianza, que le falta, y todas las fantasías serán pocas».[19] Millán Astray, asomado en la borda, improvisó una de sus absurdas y eficaces arengas, hasta quedar ronco. Los legionarios empezaron a cantar la Madelón.

La orden era defender Melilla a toda costa, y por esta razón los legionarios fueron llevados primero a los Lavaderos y luego a Sidi Hamed el-Hach, desde donde se contemplaba el humo de los incendios y se oía el estruendo de la fusilería en Nador. Franco pasó por uno de los amargos trances que educaron su inflexible voluntad, porque Berenguer y Sanjurjo le prohibieron acudir en socorro de los defensores de Nador: «cumplió la tabla», como diría posteriormente varias veces y, obedeciendo pudo asistir a la agonía final de la ciudad sitiada. Durante breves días, del 15 al 23 de agosto, el «comandantín» asumiría el mando completo de la Legión por una ausencia temporal de Millán Astray.

La defensa de Melilla, que fue muy dura y de gran eficacia, despertó el elogio de los corresponsales de prensa destacados en Marruecos. El Tercio y, en consecuencia, quienes lo mandaban, se vieron exaltados a la cumbre de la fama. El 8 de setiembre de 1921 será fecha importante en la vida de Franco: protegiendo el convoy de Casabona, en los bordes mismos del Gurugú, contribuyó en forma decisiva a lograr la primera victoria sobre 'Abd el-Krim; demostró, sobre todo, que había comprendido cuál era la táctica más adecuada para la guerra africana. Había que penetrar hasta el centro mismo del dispositivo enemigo, llevando a los hombres ocultos por las rugosida-

des del terreno, lanzar un ataque muy violento, a fuego y bayoneta, desalojando a los moros de su posición; luego instalarse en ella y asentar los pies con mucha firmeza rechazando el contraataque que inevitablemente habría de producirse.[20]

2. El 27 de setiembre de 1921 Dámaso Berenguer ordenó pasar a la ofensiva. El Tercio formó con la vanguardia para la reconquista de Nador. Emilio Mola y el capitán Franco-Salgado resultaron heridos en las primeras acciones; murió el comandante de la segunda bandera mientras que Millán Astray era retirado con heridas muy graves. Por segunda vez ese comandante de 29 años –felicitado de palabra y por escrito por el general Riquelme, propuesto para un ascenso inmediato– tendrá que asumir el mando de la Legión, en la misma línea de fuego. Anotó cuidadosamente la impresión que recibió al entrar en Nador, porque no era más que un montón de ruinas, suciedad y despojos. Encolerizaba especialmente a los españoles la contemplación de los cadáveres insepultos de sus camaradas, descompuestos bajo los efectos del implacable sol.

Casi no existe, en estos días terribles del otoño de 1921, ningún parte de guerra en que no aparezcan mencionados con elogio el Tercio y su jefe interino, al que sustentaba también, en el prestigio de sus soldados, la leyenda de la invulnerabilidad, tan corriente entre los musulmanes. Sin embargo, resulta seguramente más significativa de su carácter la atención que puso en su diario para mostrar sentimientos de humanidad: a un lado del camino que conduce a Nador yacía muerta una muchacha mora, vestida de blanco, en la que había brotado por la herida en el pecho, un borbotón de sangre como una flor. «¡Pobre niña muerta, víctima de la guerra!».[21]

Se suceden, en el *Diario,* los nombres que son como las cuentas de un rosario en la vida del futuro Generalísimo: Tahuima, Sebt, Ulad Dau, el monte Arbós, Atlaten, Segangan, el Gurugú. Annual había hecho palidecer la fama de Berenguer, pero elevaba a Sanjurjo hasta la cúspide y, detrás de él, como en 1936, también Franco. Al entrar en Zeluán, el 23 de octubre, Miguel Cabanellas, que ya era general, encontró miles de cadáveres sin sepultar y tuvo un arrebato de profunda cólera, con palabras que expresaban sentimientos muy generales en el Ejército, los cuales Franco también compartía.[22] Era, como secuela del 98, la idea de la incomprensión.[23]

Crecía, pues, gracias a los periódicos, la fama de la Legión y de la valentía de Franco[24] mientras se cumplían las etapas de la operación de restablecimiento de las líneas defensivas: Uisan –golpe de mano nocturno[25]–, Banu Ifrur (2 de diciembre) y Dar Drius (10 de enero de 1922). Como consecuencia del valor y competencia demostrados en esta campaña, Franco obtuvo dos recompensas: la Medalla Militar individual, que le fue impuesta el 12 de enero de 1923 y una propuesta cursada por Sanjurjo para su ascenso al empleo de teniente coronel.[26]

3. En Dar Drius prácticamente terminaba la campaña: era precisamente la posición en donde estaba previsto, en julio de 1921, detener y derrotar a 'Abd el-Krim; en lugar de esto el Ejército español había tenido que soportar siete meses de intensos sufrimientos y de pérdidas muy dolorosas. Aprovechando una especie de breve tregua de invierno, Franco pudo disfrutar de un permiso volviendo a la Península.[27] Su paso por Madrid fue ocasión de que, en el número de *ABC* correspondiente al 22

de febrero de 1922 apareciese su fotografía, a toda plana, con un artículo firmado por Gregorio Corrochano, periodista de gran relieve en aquellos días:

> «Está en Madrid el as de la Legión. No hay que hacer un gran esfuerzo para comprender que hablamos del comandante Franco. No titubeamos en darle este calificativo un poco pintoresco, pero muy comprensivo, seguros además de que no despertamos recelos ni suspicacias. Toda la Legión sabe lo que vale Franco, y se sentirá halagada al ver que a su comandante se le hace justicia... Es el hombre más modesto que conocéis, no modesto por educación o fórmula sino porque realmente no se da importancia a sí mismo: en tan alto concepto tiene el cumplimiento del deber».

Es una fecha a retener. Desde principios de 1922 Francisco Franco había salido del anonimato y ciertas corrientes del periodismo, no exclusivamente de derechas, mostraban interés en rodearle de una aureola de héroe nacional. Carecía de significación política y procedía de un sector social sin relieve, el hombre capaz de hacerse a sí mismo.

Sin embargo disponemos de un documento excepcional, utilizado profusamente en este capítulo, escrito en tercera persona como es frecuente en los autores militares desde la época de César, y que se editó en Madrid a finales de 1922, en forma de libro, bajo el título de *Diario de una bandera*.[28] Aunque sea relato de una campaña, y nada más, contiene profundas reflexiones sobre muchos aspectos de carácter militar, relacionados también con la política. La redacción última del libro fue asumida cuando su autor, con menos de 30 años de edad, sabía que iba a ascender y, por tanto, que llegaría al generalato a menos que padeciese una muerte prematura. Compartía con sus compañeros de armas la conciencia de que se estaba prestando escaso apoyo desde la retaguardia a la empresa de Marruecos, pero no la convertía en arma política. «En Marruecos, en todas las épocas, la labor política y militar han sido emparejadas y no ha sido la ausencia de la primera lo que nos llevó, como alguien cree, al desastre de julio. Si hubo algún error o desacierto en la labor de política, no es justo atribuir a ello las causas del desastre». Defendía, por tanto, las actuaciones del alto comisario.

Atribuía Annual, más que a razones estratégicas, a una crisis de ideales, falta de verdadero espíritu de lucha, que siempre trae como consecuencia, en los Ejércitos, pérdida de virtudes, en especial valor, disciplina y obediencia, que son esenciales para la consecución de la victoria. «Examinemos nuestras conciencias aletargadas y encontraremos la crisis de ideales que convirtió en derrota lo que debió ser un pequeño revés».[29] Para Franco, militar experimentado, el desastre de julio del 21 había sido, ante todo, producto del pánico que, como una especie de viento sutil agarrota las conciencias sin que parezca posible escapar a sus efectos. Y esta apreciación resulta tan importante, al menos, como la que realizan los historiadores. En el relato de Franco la descripción de la reconquista de posiciones, desde Sidi Hamed hasta Dar Drius, tan minuciosa, pretende dejar bien claro que se trataba de un trabajo sistemático que preparaba moralmente a los soldados hasta imprimir en ellos moral de victoria. Coronado el éxito se otorgó a la Legión la Medalla Militar colectiva (14 de agosto de 1922).

4. El libro del comandante se cierra con una no menos importante reflexión: la guerra de Marruecos terminaría cuando se hubiese tomado Alhucemas y soldado las dos zonas. «Es el foco de la rebelión antiespañola, camino a Fez, la salida corta al Mediterráneo, y allí está la clave de muchas propagandas que terminarán el día que asentemos el pie en aquella costa».[30] Algunos de sus biógrafos, que tuvieron la oportunidad de conversar con él sobre estos temas, afirman que el Generalísimo llegó a atribuirse la originalidad del proyecto. Pero ni el *Diario* ni los otros escritos inmediatamente anteriores o posteriores permiten sostener dicha atribución. Era una tesis que compartían casi todos los mandos superiores; a ella se aferró con vehemencia el comandante de la Legión. La «operación Alhucemas» tenía evidentes implicaciones políticas ya que significaba pasar de la defensa y la maniobra al ataque en profundidad.

Como antes se indicó, la conquista de Alhucemas mediante maniobra conjunta formaba parte del plan militar de Berenguer. Desbaratado a causa de Annual, en la primavera de 1922 existían otra vez las condiciones oportunas. Pero entonces surgieron discrepancias muy serias entre los ministros: la actitud irascible de la oposición y los desembolsos que la operación requería movían a Francisco Cambó, que ocupaba la cartera de Hacienda, a proponer que, una vez que se había restablecido la dignidad militar, debían efectuarse repliegues hacia las posiciones de la costa, fáciles de defender y baratas en el mantenimiento. Pero Antonio Maura y el ministro de la Guerra, La Cierva, querían dar a Berenguer una nueva oportunidad, contra el Raisuni y mediante un desembarco en Alhucemas, pero manteniendo los planes en secreto para no alarmar a la oposición. Por causas no muy bien explicadas, Maura dimitió el 7 de marzo de 1922 poniendo fin a su carrera política.[31]

El nuevo Gobierno, de Sánchez Guerra, que se encontraba bajo amenaza de un formidable escándalo por las «responsabilidades», y necesitaba apoyos de los junteros, decidió destituir a Dámaso Berenguer (10 de julio de 1922) y dar carpetazo a su plan de completa pacificación. El nuevo alto comisario, general Ricardo Burguete, conocido por su actuación en Asturias, tenía orden de volver a la defensiva y negociar. Inmediatamente comenzó sus conversaciones con el Raisuni para restablecer los antiguos pactos, y también con 'Abd el-Krim para el rescate de los prisioneros. Los dos caudillos marroquíes captaron perfectamente lo que era un signo de debilidad. Desde febrero de 1922 'Abd el-Krim, que se titulaba emir del Rif, había decidido crear una especie de república independiente del Sultán: empleó el dinero del rescate de los cautivos en la compra de armas. El Raisuni, mediante nuevo acuerdo (22 de setiembre de 1922), volvió a encontrarse en posesión de Yebala castigando a quienes colaboraran con los españoles con gran crueldad.[32]

Mientras tanto, Franco continuaba en el frente oriental culminando sus hazañas de comandante de la bandera con el asalto y conquista de Tizzi Azza, el 28 de octubre de este mismo año: como en los viejos tiempos cargó al frente de los suyos, con fusil y bayoneta calada. Pero inmediatamente después –ésta fue siempre la faceta específica de su actividad– organizó la pervivencia de la población con la apertura de un manantial de agua y la acumulación de víveres, para que no pudiera repetirse el caso de Igueriben.

Notas al capítulo 4.

[1] R. de La Cierva, en su primera edición de *Francisco Franco*, I, p. 11.

[2] Raymond Carr, *España 1808-1939*, trad. esp., Barcelona, 1969, p. 532, destaca la importancia de que incluso Cambó estuviera proyectando una transmisión parcial de soberanía a Cataluña, coincidiendo con sectores menos conservadores que el suyo.

[3] Los partidos institucionales estaban convencidos de que si Francia llegaba a convertirse en única protectora de Marruecos, las plazas españolas de soberanía de Ceuta y Melilla se encontrarían sometidas a bloqueo y el ámbito defensivo peninsular reducido. De ahí que hubiesen considerado la ocupación del Rif como necesidad imprescindible. En 1931 los socialistas en el poder también se adherirán a esta política que entonces criticaban. Pero la empresa era difícil porque España no disponía de tropas coloniales con lo que las bajas entre soldados fueron mayores de las calculadas en el primer momento. Hasta 1925 la norma establecida consistió en ordenar al Ejército que asegurase los núcleos urbanos importantes y las líneas de comunicación entre ellos. Con esta estrategia se estaba brindando a los guerrilleros una buena oportunidad para atacar y saquear los convoyes de aprovisionamiento. La defensa a ultranza no podía augurar otra cosa que la derrota. Ver análisis de R. Carr, *España*, pp. 499-500.

[4] J. Tusell, *op. cit.*, p. 144.

[5] El propio J. Millán Astray, *Francisco Franco*, Salamanca, 1937, ha recogido, en un libro desordenado y poco fiable, anécdotas y detalles importantes para nuestro estudio. Desgraciadamente al famoso general faltaban las condiciones necesarias para ser un buen cronista. Escribió de memoria apoyándose en sus reminiscencias.

[6] Gerald Meaker, *The Revolutionary Left in Spain, 1914-1923*, Stanford University, 1974,

pp. 144-188, ofrece uno de los mejores análisis sobre esta cuestión. Concluye que el «trienio bolchevique» ya no dejaba al Régimen otra salida que la dictadura.

7 Fue el vizconde de Eza quien definitivamente firmó la autorización. G. Hills, *op. cit.*, pp. 105-106.

8 Extractos de la «Historia de la Legión» en R. de La Cierva, *Franco*, p. 60.

9 Aquí utilizaremos la edición del *Diario de una bandera*, que se incluyó en el libro *Papeles de la guerra de Marruecos*, Madrid, 1968, p. 59. En la edición de 1922 hay párrafos que no figuran en las posteriores, aunque no fueron suprimidos por el Generalísimo sino por algunos censores.

10 *Diario de una bandera*, p. 60.

11 *Diario de una bandera*, pp. 67-75. B. Crozier, *op. cit.*, I, pp. 101-103; R. de La Cierva, *Franco*, pp. 61-62.

12 J. M.ª García Escudero, *op. cit.*, I, pp. 518-520, ha recogido testimonios insólitos de los propios protagonistas.

13 *Diario de una bandera*, p. 75.

14 *Diario de una bandera*, p. 81.

15 *Diario de una bandera*, p. 93.

16 *Diario de una bandera*, p. 95.

17 R. Carr, *La crisis del Parlamentarismo*, p. 517.

18 *Diario de una bandera*, p. 97.

19 *Diario de una bandera*, p. 98.

20 *Diario de una bandera*, pp. 114-118. Franco evita, en el relato, mencionar su nombre.

21 *Diario de una bandera*, pp. 118-119.

22 J. Pabon, *Cambó*, II, Madrid, 1969, pp. 302-303, recoge la durísima expresión de la carta de Cabanellas a las Comisiones mixtas: «creo a Vds. los primeros responsables... han vivido gracias a la cobardía de cierta clase que jamás compartí; que la historia y los deudos de estos mártires hagan con Vds. la justicia que merecen». La ruptura entre junteros y africanos fue, después de Annual, definitiva.

23 «El país vive apartado de la acción del Protectorado y se mira con indiferencia la actuación y sacrificio del Ejército y de esta oficialidad abnegada que un día y otro paga su tributo de sangre entre estos peñascales. ¡Cuánta insensibilidad!». *Diario de una bandera*, p. 84.

24 En un artículo publicado en *ABC* se cuenta una anécdota. Durante uno de los combates –Franco no hace mención de nada de esto en su Diario– Sanjurjo vio al comandante a caballo en medio de sus hombres. Envió un soldado para advertirle «que no va Vd. a ir al hospital por el tiro de un moro, sino de la pedrada que le voy a dar como le vea a caballo en las guerrillas».

25 Uno de los cronistas más entusiastas escribía en *El liberal*. Su nombre era Indalecio Prieto.

26 La hoja de servicios del Generalísimo Franco, documento puntual y escueto, nos reserva sorpresas curiosas así como apoyatura de datos importante. Al hacerse la propuesta para este ascenso hubo que incoar el reglamentario juicio contradictorio. Testificaron en su favor Miaja y Pozas, los dos generales con quienes tendría que enfrentarse, catorce años después, en la lucha por Madrid.

27 La concesión del permiso era mera rutina. Según L. Galinsoaga y Franco-Salgado, *Centinela de Occidente, semblanza biográfica de Francisco Franco*, Barcelona, 1956, p. 61, Franco se proponía visitar primero a su madre y luego a su novia. Estuvo efectivamente en El Ferrol pero cuando iba a trasladarse a Oviedo un telegrama de Berenguer le obligó a regresar a África. J. Arrarás, *op. cit.*, p.79.

28 Brian Crozier, *op. cit.*, I, pp. 112-117, propone establecer una comparación entre esta obra y *Mein Kampf* de Adolfo Hitler, publicada dos años más tarde. Hay un obstáculo para dicha comparación: el *Diario* era un libro para un círculo reducido de lectores sin otra pretensión que un homenaje a los combatientes, a fin de conseguir que se les apreciase, mientras que el Führer lanzó una obra que pretendía revolucionar el mundo. Salvo en cuanto que Franco fue Jefe de Estado coetáneo del III Reich, cuyas relaciones intentaremos explicar más adelante, pocas cosas pueden hallarse en común. Para Hitler, Franco era un estadista mediocre y un obstáculo para que España progresase hacia la revolución nacional-socialista. Ambos se movían en líneas de pensamiento muy distintas.

29 *Diario de una bandera*, p. 173. Pongamos esto en relación con el guión de *Raza*, p. 62. Allí su alter ego, un Pardo de Andrade, dice: «enfermedades, sacrificios, errores, sí; todo se esperaba; pero no había detrás una España en derrota».

30 *Diario de una bandera*, p. 174.

31 J. M.ª García Escudero, *op. cit.*, II, pp. 723-724.

32 J. M.ª García Escudero, *op. cit.*, p. 726.